

Situaciones concretas y horizonte metafísico de la vida humana

La muerte salió al encuentro de Isidro Muñoz pocas semanas antes de que apareciera un libro suyo de meditaciones metafísicas¹. Es el fruto de varias décadas de reflexión filosófica en relación con la vida concreta de los hombres. Pues, para él, la metafísica no era algo alejado de la vida humana, sino su horizonte último, siempre presente, aunque ignorado con frecuencia por muchos contemporáneos.

Esta obra nos recuerda a los *Elementos de teología* de Proclo, que constituyeron una «enucleación», una reelaboración de la gran tradición metafísica griega en un momento de encrucijada histórica y a los que alude expresamente. También actualmente nos hallaríamos ante una nueva singularidad. De modo semejante se necesitaría, por tanto, una «enucleación» de la tradición metafísica occidental. Es decir: «Se hace preciso recoger las redes disponibles y atisbar el horizonte, antes de echarse hacia alta mar» (p. 10).

Consciente de las exigencias que impone la situación actual de la vida humana, se propone un objetivo fundamental: integrar tradiciones metafísicas dispares en forma que le parece coherente y no meramente ecléctica. Nuestra situación le parece que es un momento de confluencia histórica, en que, al recoger los hilos del pasado, nos podemos hacer especialmente aptos para entrever nuevos caminos. La compara con esas épocas finales de un ciclo o de varios grandes ciclos, en las que, al igual que en la cuenca baja de los ríos, afluyen materiales de arrastre de procedencia muy diversa.

A través de sus páginas oímos resonar las palabras de Plotino, Agustín, Tomás de Aquino, Hegel, Husserl, Ortega, Heidegger, Gabriel Marcel y Zubiri, de todos los grandes metafísicos de la tradición occidental. Con todos ellos dialoga. Y tampoco cierra sus oídos a las críticas de Kant, Feuerbach, Marx, Nietzsche y de otros críticos contemporáneos de la metafísica. Quisiera alumbrar caminos que conduzcan hacia una metafísica renovada, después de «el fin de la metafísica». No le interesaba la originalidad, sino el acceso a lo real en toda su plenitud. Por eso no le importaba aludir constantemente a sus fuentes de inspiración.

La divide en un prólogo, un epílogo y 32 epígrafes distribuidos en dos partes tituladas: 1) Situaciones concretas y horizonte metafísico, 2) La situación actual y sus componentes metafísicos. Al ocuparse de la situación histórica presente, considera todos sus aspectos desde las tensiones y conflictos en que hoy se mueve el vivir humano: conflictos que afectan a la vida en su

¹ MUÑOZ TRIGUERO, Isidro: *La vida. Situaciones concretas y horizonte metafísico*. Universidad de Granada, Granada, 1994. 208 pp.

dimensión biológica, en su dimensión espiritual, en sus distintos ámbitos o en las esferas de la acción y del valor. En la base más extensa de la situación histórica presente está el desafío de la tecnociencia. Pero en su resolución última es la esfera ética, desde una radicación metafísica, la que más directamente debe afrontar estos conflictos. En el nivel más alto de los valores, de las verdades, de las experiencias está la órbita de lo divino, de la religión, de Dios. Tras su concepción metafísica, como presupuesto, está su concepción del lenguaje simbólico, cuyas implicaciones metafísicas analizó en un artículo publicado en el primer número de *Diálogo Filosófico* (1985, pp. 60-71).

Su propuesta metafísica, a pesar de ello, consiste en unos «mínimos» que creía bien articulados y contrastados críticamente. Pero sólo sería el comienzo, no el término de una posible metafísica. Hoy convendría comenzar por ahí.

¿Cuál es el eje de su propuesta metafísica? Cito un párrafo, donde nos lo presenta en apretada síntesis: «Esta relación dinámica, dialéctica, de inmanencia y trascendencia entre vida y raíz metafísica, entre experiencia y realidad, entre descripción de vivencia (fenomenología) y afirmación de realidad (metafísica) constituye... el eje de esta propuesta metafísica» (p. 43). Piensa que aún puede concretarse más esta tensión fundamental: «La unidad del acto de vivir, que experimentamos, se hace unidad expresiva o manifestativa de la realidad viviente que llamamos PERSONA: unidad del yo viviente como realidad natural biológica/espiritual y como sujeto, como espontaneidad pura, creativa; unidad en tensión interpersonal yo-tú, en COMUNIDAD; unidad en tensión de condicionamiento/posibilitación “yo-MUNDO”; unidad en tensión última “yo-REALIDAD FUNDANTE”» (PP. 43-44). De este modo, intenta «sugerir una senda, todavía poco marcada, para resistir al embate del relativismo, de la presuntamente “imposible metafísica”» (p. 204). Era consciente de que su oferta planea hoy sobre un magma de confusión, de escepticismo radical, de relativismo y nihilismo, que la hacen sospechosa. Pero esto precisamente es lo que más le impulsa a radicalizar sus planteamientos en búsqueda de una metafísica a la altura de nuestra situación histórica.

El tiempo no le permitió recorrer vías de investigación que deja insinuadas. A la vez que siento el hueco del amigo insustituible, lamento que su muerte haya cerrado definitivamente su trayectoria intelectual en el camino de una fecunda labor creadora.

Filósofo de frontera, como profesor de filosofía en una facultad de teología, no dudaba en avivar la llama de su razón, a pesar de los riesgos del agnosticismo y del ateísmo, que amenazaban sus verdades y valores más apreciados. Su mente clara y serena confiaba en que el hombre, a pesar de sus limitaciones, puede vislumbrar el misterio del Absoluto dentro de la vida cotidiana. Y desde esa confianza nos anima a avanzar en el sentido de una filosofía abierta a la trascendencia religiosa, sin complejos antimetafísicos ni metafísicos, sin dogmatismos cerriles, con voluntad decidida de verdad, en diálogo sincero con todas las filosofías actuales.

Para Isidro Muñoz, el diálogo no era una simple palabra, sino que busca-

ba hacerlo realidad fecunda. Una actitud auténtica de diálogo intelectual, según él, supone apertura, escucha, comprensión, respeto, valoración de todas las posturas, pero sin dar por supuesto que todo sea igualmente aceptable y verdadero. El diálogo lleva a la confrontación leal, abierta, atenta a la valoración de la experiencia y de las razones de cada uno de los interlocutores. Su motor debe ser siempre la voluntad de verdad, la búsqueda sincera de nuevas luces, de nuevos caminos, la investigación siempre más radical de los fundamentos, la fidelidad a lo que «se muestra» y «se deja confrontar» como verdadero. La voluntad de diálogo implica, ante todo, pues, una voluntad de búsqueda y confrontación desde nuestras posturas, incluso de creyentes. No habría por qué poner entre paréntesis las propias convicciones, mientras exista una auténtica voluntad de diálogo.

Como tantos pensadores que aún tratan de hacer filosofía desde una situación creyente, se esforzó por descubrir en el panorama de nuestra cultura ventanas abiertas a un horizonte de esperanza intramundana y trascendente al mundo. Con su razón limitada y concreta, que percibía como don precioso de Dios, se afanó por desatar nudos que dentro y fuera de su mente obstaculizaban el avance del pensamiento en marcha hacia la Verdad.

Creo que el mejor homenaje que podemos rendir a Isidro Muñoz es la lectura de este libro y de otros de sus escritos, en los que aflora un espíritu apasionado por la verdad desde una actitud dialogante e integradora.

Ildefonso Murillo